

IN HORATII MEMORIAM

Encuentros, desencuentros y reencuentros de un bimilenario

ALFREDO J. SCHROEDER*

1. ENCUENTROS EN LA ANTIGÜEDAD

En esta última década hemos celebrado dos bimilenarios que marcaron hitos: el de la muerte de Virgilio en la primavera de 1982, y, a fines del presente año, el de la muerte de Horacio. Pocos años más y tendremos otro más trascendente, el que marcó dos eras: antes y después de Cristo.

En todos ellos será posible rastrear encuentros y desencuentros sorprendentes; pero sólo señalaremos hitos y huellas de uno, el de Horacio, a conmemorar en noviembre del corriente año.

En sus cincuenta y siete años de vida mortal –¡no llegó a *senex* y lo llamamos viejo Horacio!– tuvo encuentros, que sorprenden y transforman, con Virgilio, con Mecenas, con el emperador Augusto, con la fama; y luego, en sus dos mil años de vida inmortal, con la gloria... El hijo de un liberto, nacido en una remota Venusa sureña, recibió una educación esmerada en Roma y en Atenas y tuvo acceso a lo más íntimo y encumbrado del círculo de Mecenas y de la amistad del emperador, después de haber tomado las armas –pasión republicana o travesura de estudiante, pero desencuentro inicial– junto a los asesinos del padre adoptivo de éste. Este asesinato marca el comienzo de la carrera del joven Octavio, de diecinueve años, y el inicio del llamado Siglo de Augusto, y marca también el comienzo del resumen de sus memorias, sus *Res gestae*, grabadas en bronce en el Mausoleo de Augusto en Roma, y en piedra en el *Monumentum Ancyranum* en la Turquía asiática. A dos milenios conmueven todavía la juventud casi impensable y la concisión de estas palabras iniciales: *Annos undeuiginti natus exercitum priuato consilio et priuata impensa*

*UCA – UBA

comparauī, per quem rem publicam a dominatione factionis oppressam in libertatem uindicaui. Contra este jovenzuelo tomó las armas el Venusino; a éste se allegó el Mantuano, que había sido desalojado de su heredad; sobre el mismo pudo finalmente escribir: *deus nobis haec otia fecit* (Egl. I.5.6).

¿Dónde, cuándo y cómo fue el encuentro del poeta del norte con el del sur? Nos es desconocido. Como todos los provincianos llegados a la urbe, debieron de encontrarse allí; y pudo ser en la Vía Sacra, que ambos recorrieron deslumbrados, aunque más asiduamente Horacio: *Ibam forte uia Sacra, sicut meus est mos* (Sat. 1.9.1).

Es más probable que el conocimiento mutuo –devenido pronto en reconocimiento y amistad íntima y perdurable¹– naciera en alguna reunión de un círculo literario, o en algunas de esas lecturas públicas iniciadas y fomentadas por Asinio Polión, su gobernador y protector en la Galia Cisalpina², y practicadas reiteradamente por Virgilio ante Augusto, Mecenas, Octavia, conmovida hasta el desmayo³.

El segundo encuentro trascendente con Mecenas, en el año 38 es, por contraste, muy conocido; lo explica Horacio mismo es estos versos⁴: *Optimus olim / Vergilius, post hunc Varius, dixere quid essem. / Vt ueni coram, singultim pauca locutus / (infans namque pudor prohibebat plura profari), / non ego me claro natum patre, non ego circum / me Satureiano uectari rura caballo, / sed quoderam narro; respondes, ut tuus est mos, / pauca; abeo, et reuocas nono post mense iubesque / esse in amicorum numero. Magnum hoc ego duco* (Sat. 1.6.54–62).

¹ Virgilio la expresa con hechos, Horacio con esta sabia fórmula: *dimidium animae meae* (Odas 1.3.7).

² *Primus (...) omnium Romanorum aduocatis hominibus scripta sua recitauit* (SENECA, *Controu.* IV *praef.* 2).

³ *Cui (Augusto) tres omnino libros recitauit, II, IV et V; sed hunc notabili Octauiae adfectione, quae cum recitationi interesset ad illos de filio suo uersus "tu Marcellus eris" defecisse fertur atque aegre focolata est* (Donati *Vita*).

⁴ Remarcamos en el texto algunos términos: el calificativo de *optimus* para quien fue *dimidium animae meae*; la ubicación enfática inicial y la condición de primero; el neutro *quid* por el masculino *quis* es un reconocimiento de que la invitación se debía no a su linaje y condición social, no a sus bienes materiales, sino a su persona y a su obra. Así lo entendieron Virgilio y Vario, y con idéntico neutro el mismo Horacio: *quod eram narro*; la concisión y lo cortado del relato (*singultim* y *pauca*) coinciden con su carácter y con su emoción. Todo ello es impacto del encuentro y del *ut ueni coram* nunca soñado. Hay también algo común a los tres futuros amigos: hablan *pauca*; Horacio además *singultim*, enfatizado por la cuádruple aliteración en "p", parataxis parentética. Este pudor-rubor es una de las virtudes más apreciadas y más representativas del humanismo romano. *Abeo* y *reuocas* van juntos, pero (a no engañarse) la amistad se gesta lentamente (es ley de la naturaleza) en nueve meses: *nono post mense*.

Ambos, poetas máximos y amigüísimos, llegaron al palacio augustal desde la llanura del norte y las montañas del sur, pero volvieron a la tierra para ser dignos herederos del antiguo campesinado, para ser pluma, reja del alma, y depositar en sus surcos semillas florecidas en las escuelas de Roma y de Atenas. Escalaron la cima de la gloria por los caminos encontrados de los hexámetros épicos uno, y de la variedad de ritmos líricos griegos el otro. Marcial, otro provinciano transitoriamente enraizado en Roma, sugerirá que los amigos no quisieron competir en el mismo género⁵.

Ambos tuvieron también el doble privilegio de ser estudiados en vida –el *dimidium animae* del amigo sólo se separa con desgarrones en la muerte–, y en los programas de la nueva escuela de Q. Cecilio Epirota, el liberto de Atico. Su metodología fue doblemente novedosa; por primera vez se practicaron disputas improvisadas en lengua latina y por primera vez, también, se ejerció la prelectura o explicación de autores contemporáneos vivos: *Primus dicitur latine ex tempore disputasse primusque Vergilium et alios poetas novos praelegere coepisse*⁶.

Pero es sobre todo en la vida inmortal de su bimilenio cuando, en su primera cuarta parte, se acrecientan estos encuentros con amigos, maestros, mecenas, lectores, cuando crece la legión de admiradores –¡qué lejana y pequeña aparece la que comandó en Filipos en el año 421!–, cuando aumenta el número de imitadores, comentadores (Valerio Probo, Modesto, Clarano, Q. Terencio Scauro, Helenio Acrón, entre los perdidos, y desde Pomponio Porfirio a J. Cruquius, muerto en 1628, entre los conservados), y cuando se divulgan las biografías (Suetonio), los glosarios, escolios, manuscritos...

⁵ MARC. 8.18 y 12.94. El epigramático español puede tener alguna razón, pero en algunos de sus *aculeus* puede percibirse también un dejo de antipatía a la posición estética del épico y del lírico, y además una pizca de envidia, porque sus varios y esporádicos mecenas lo fueron con minúscula, mientras que los poetas dos veces milenarios tuvieron un solo Mecenas, pero con mayúscula. Cf. MARC. 1.107; 12.4; y nuestro artículo sobre "La relación Virgilio – Marcial en *Epigrammaton VIII 56*", en *Anales de Filología Clásica*, Fac. de Filosofía y Letras (UBA), XII (1992).

⁶ SUET., *De illustribus grammaticis* 16. Este audaz método se inició allá por el año 26 a.C., cuando Virgilio vivía y no se había publicado aún su *Eneida*. Entre estos *poetas novos* "sin duda figuraría Horacio en primera fila", comenta HENRI-IRENÉE MARROU, *Historia de la Educación en la Antigüedad*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965, p. 307. El mismo Horacio confirma, aunque en forma interrogativa, esta prelectura de poetas vivos en *Sat.* 1.10.75; también MARC. 1.35. Esta modalidad o moda, bastante generalizada, perduró más de un siglo hasta que se produjo una de esas marcas arcaizantes, que cada tanto trae una vuelta a los *ueteres Latini* (QUINTIL. 1.8), cuando Virgilio ya está entre éstos junto a Homero.

Con las loas que el Venusino ha merecido de antiguos y modernos podría componerse un *Carmen Milliarium*, más que un *Carmen Saeculare*, donde el sol buscará en vano un lírico más admirado e imitado.

En la admiración de la antigüedad pagana, Virgilio y Horacio siguen unidos como gemelos. Si el primero tuvo algún detractor, el segundo no halló quien le hiciera sombra. Aquél, primeramente, es convertido en maestro universal por Macrobio, y en orador más que poeta por Aneo Floro bajo el título de la obra trunca *Vergilius orator an poeta*; luego, en doble conversión, en profeta que anuncia la llegada del Mesías, entre los primeros cristianos con su emperador Constantino a la cabeza. Este, a la distancia, ejerce un magisterio moral y estético en sus sátiras y epístolas.

Las influencias horacianas en autores antiguos y modernos van quizá a la zaga de las virgilianas, pero no concluirán nunca como su *non omnis moriar*.

Prudencio, el máximo poeta cristiano, imita a ambos a la vez; a Virgilio en sus intimidades líricas y a Horacio en sus himnos a los mártires. Este conciliador de culturas bebe de fuentes cristianas y a la par de las paganas, pero Virgilio ya cuadruplica a Horacio en frecuencias.

En Venancio Fortunato (530–610), en el ocaso de la antigüedad tardía y, como el anterior, en la aurora de la liturgia cristiana, resuenan ecos del todavía "pindárico Flacco"⁷. Después de él, aquel mágico nombre queda relegado en obras enciclopédicas, como en las de Isidoro de Sevilla, muerto en el 636, y un gran cono de sombra va cubriendo paulatinamente su obra desde el siglo VII hasta mediados del IX.

2. DESENCUENTRO EN EL MEDIOEVO

Este olvido y crepúsculo contrasta con el esplendor naciente de Virgilio y significa un gran desencuentro con éste, quien se transforma en astro por los poderes mágicos de su sapiencia, a quien, por el citado eclipse, no podrá seguir pese a

⁷ M.G.H., *auctores antiquissimi*, IV, I, 113.

una tradición medieval truncada –incluido un pretendido sepulcro en Venusa, lejos de su tumba en el Esquilino, junto al amigo Mecenas⁸–. Se hacen eco de esta leyenda, entre otros, Manitius (*Analekten* 58) y Schanz–Hosius (cap. 266). Para ellos este desencuentro o eclipse es sólo una declinación, más bien que una desaparición total, como parecen sostener algunos modernos⁹.

Inquirir sobre los motivos de ella (filosofía moral muy mundana, sátira social muy compleja, arte poética muy refinada y aristocrática, rechazo u hostilidad de autores cristianos, del papa Gregorio Magno en particular) requeriría una investigación fuera de nuestro propósito y alcance. La existencia de una cita horaciana de segunda mano, sacada de los Padres o de algún florilegio, nada probaría sobre el mayor o menor horacianismo de algún autor en estos siglos casi desérticos. Pero interesa señalar que en medio del brillante renacimiento carolingio, en que se citan decenas de autores latinos –algunos de categoría, otros de ínfima importancia–, Horacio no es autor leído ni bien conocido. Que Alcuino tomase el nombre de Flaco, Angilberto el de Homero, no prueban sino la simpatía o, al menos, la admiración por aquellos viejos nombres de prestigio, pero no la lectura directa y asidua de obras horacianas.

Es verdad que el maestro y gramático Pedro de Pisa le escribe por entonces un poema a Paulo el Diácono (¿720–799?) llamándolo nuevo Horacio; pero es necesario transcribir al menos dos estrofas (en que Paulo el Diácono es denominado Homero, Virgilio, Filón, Tertulo, Flaco y Tibulo) y leer el poema entero con la respuesta de Paulo:

4 *Qui te, Paule, poetarum vatumque doctissimum
linguis variis ad nostram lampantem provintiam
misit, ut inertes aptis fecundes seminibus.*

5 *Greca cerneris Homerus, Latina Vergilius,
in Hebraea quoque Philo, Tertullus in artibus,*

⁸ "Uno degli annotatori della *History of english poetry* de Warton afferma che nel territorio di Palestrina il popolo ha tuttora Orazio in concetto di mago possente e benefico" (ARTURO GRAF, *Roma nella memoria e nelle immaginazioni del medio evo*. Torino, Loescher, 1915, p. 595).

⁹ ANGELO MONTEVERDI, "Orazio nel medio evo", en *Studii Medievali*, vol. 9, 1936: "Tutte prove che Orazio, il vero Orazio, ancor verso la metà del secolo IX, nei centri culturali più famosi del rinnovato impero, non si conosceva" (p. 165).

*Flaccus crederis in metris, Tibullus eloquio*¹⁰.

Paulo el Diácono contesta esta escolar misiva versificada –ejercicio retórico de loas extremadas– en igual métrica e idéntico número de versos, aceptando las reglas de juego de alabanzas desmedidas y alusiones a clásicos de renombre. En la estrofa 1. devuelve gentilezas acusando recibo del envío. En 2. resume –a veces simplemente transcribe– los títulos más honoríficos de la estrofa 4. de Pedro. En 3. ironiza y toma en broma todos los títulos y elogios: *Totum hoc (...) dictum per hyroniam; eheu, laudibus deridor et cacinnis obprimor*. En 4. repite los seis nombrados en la estrofa 5. de Pedro –incluidos el desconocido ¿artesano? Tertulo, y el elegíaco Tibulo, en los catálogos y bibliotecas menos conocido que el lírico–; suaviza la comparación en *dicor similis Homero, (...) y en similior Tertullo*, ironiza en *Philoni Memphitico*, y se escandaliza de ser comparado con Tibulo (*tibi quoque, Veronensis o Tibulle, conferor*), cuya cuna ingenua o burlescamente pone en Verona. En 5. comienza a hablar en serio: *Peream, si quenquam horum imitari cupio*, pues son paganos, descarriados y comparados a los canes. En 6. declara no saber hablar el griego ni el hebreo, de los que en la escuela aprendió poco más de tres o cuatro sílabas. En 7. manifiesta menosprecio por el "rubio metal" o más bien proclama su pobreza (*nulla mihi aut flaventis est metalli copia*), que le obliga a ganarse la vida enseñando lenguas; por lo que no debería ver tan desinteresado amor por ellas el amigo, quien en la estrofa 10. agradecía las lecciones de griego a los clérigos que pronto marcharían a la corte de Constantinopla. En 8. estima la *pura voluntas in munere*; en 9. el *ancora vestri amoris*. En 10. comenta la 9. del amigo, quien anuncia el casamiento (en el 781) de Rotthrud, primogénita del rey Carlos, con el emperador de Constantioplá. En la 11. retoma el tono jocoso: ¡Mudas estatuas van a ser allí mis alumnos con el griego que yo les enseñé! (*Si non amplius in illa regione clerici / graece proferunt loquellae, quam a me didicerint / vestri, mutis similati deridentur statuis*). En 12. confiesa que de las lenguas retiene lo que aprendió de niño, "lo demás se esfumó en la vejez".

Quede pues en claro que el latín y Roma son objeto de culto casi religioso; que Aquisgrán es la *Roma secunda* y Constantinopla es la nueva Roma; que Alcuino se da el nombre de Flaco, Teodulfo el de Píndaro, Angilberto el de Homero, como signo de admiración hacia ellos; que Paulo el Diácono ha descalificado su propia enseñanza del hebreo y del griego, pero no su lengua y su cultura latinas, bien aprendidas de niño. No obstante Horacio es casi un ausente en sus versos y en su época. Paulo el Diácono está lejos de ser un Flaccus especialmente por la variedad

¹⁰ M.G.H. *Poetarum Latinorum Medii Aevi*. Tomi I, pars prior, Berolini, 1880, poemas XI y XII, pp. 48–50. Respetamos la grafía de la vieja edición.

de los metros horacianos, una de las dificultades mayúsculas en Horacio, y de preocupación en sus admiradores. Si se examinan someramente los poemas de *Monumenta Germaniae Historica*, desde Paulo el Diácono hasta los títulos del s. VIII (de p. 35 a p. 115), podrá comprobarse que sólo hallamos en su *Carmen VIII*, verso 19, el *carpe viam* de la *Sat.* 2.6.93 de Horacio; que en cuanto a métrica lírica horaciana sólo encontramos unos pocos poemas en estrofas sáficas, los que empero están en un apéndice como *carmina dubia* –entre ellos el muy famoso *ut queant laxis* que dio los nombres a las notas musicales, *In laudem Sancti Johannis Baptistae*–. Y podrá concluirse también que Virgilio encabeza por lejos la pila de los poetas preferidos y citados, seguido por Ovidio; que los anaqueles y catálogos de las bibliotecas de entonces brillan por la presencia del Mantuano y por la ausencia del inseparable Venusino¹¹.

Este desencuentro con nuestro Horacio se agrava alguna vez con la ignorancia supina de su vida y de su obra. Es curioso el destino de este verso de *Sat.* 2.7.85: *fortis et in se ipso totus, teres atque rotundus*. San Agustín lo cita correctamente en *De quantitate animae*, c. XVI (*Patr. Lat.*, XXXII c. 1051). El teólogo Radberto de Corbie (siglo IX), que conoce este texto sólo por San Agustín (*Patr. Lat.*, CXX c. 1578) lo atribuye a Virgilio aventurando esta explicación: que "Orazio era molto più antico di Virgilio (e dice, tra parentesi, che Virgilio era solito farsi bello delle bellezze altrui!)", según comenta Angelo Monteverdi en el art. cit. (p. 165).

El gran sabio Lupo de Ferrières, en la primera mitad del siglo IX, empieza ya a citar breves textos horacianos, pero tomados todavía probablemente de florilegios o de los Padres de la Iglesia¹², por lo que también encontramos alguna vez error en la atribución, como en aquel *illud horatianum: meos dividerem libenter annos* (*Ep.* 32, en *Patr. Lat.* CXIX c. 496), que en realidad está con el nombre de Séneca en *Poetae Latini minores* de Baehrens IV 79.

Es oportuno agregar a esta casi ausencia de Horacio en pleno renacimiento carolingio –con los nombres de medio centenar de autores latinos conocidos y

¹¹ No hay un solo Horacio en el catálogo en verso de la biblioteca episcopal de York, escrito por Alcuino (*M.G.H. Poetae Latini aevi Carolini* I 203).

¹² En *Epist.* 1, *in siluam non ligna feras* (*Sat.* 1.10.34), que es como un refrán "gastado a fuerza de usado", dice el mismo autor medieval. En *Epist.* 31, tras citar –sobre la conveniencia del silencio– *Proverbios* 21.23 y al Ps. SÉNECA, *De moribus* c. 10, transcribe a HORACIO, *Ars Poetica* 390: *nescit uox missa reuerti*, prefiriendo esta fórmula más breve a la más extensa de la *Epist.* 1.18.71: *et semel emissum uolat irreuocabile uerbum*.

citados por Lupo— la opinión del mismo al final de la *carta 48*, escrita entre los años 845–846, sobre algún grave reclamo no escuchado en momentos de incuestionable desaliento: "Imitador de los antiguos, hubiera podido recuperar nuestros bienes recurriendo al artificio de la erudición, si no hubiera sabido por propia experiencia que, si el mismo Virgilio resucitase y dispensara todas las fuerzas de su obra tripartita para emocionar ciertos corazones, no encontraría un solo lector entre nuestros contemporáneos". Vemos que su decepción es mayor que la erudición de todos los antiguos encabezados por Virgilio, y que en las referencias a las expresiones "ciertos corazones" y "nuestros contemporáneos" deben estar incluidos quienes ostentaban el poder en sus más altas jerarquías, y que evidentemente no se dejaban conmovir ni siquiera por la fama de la elocuencia virgiliana.

3. RENACIMIENTO DE HORACIO

Esta ausencia parcial horaciana fue un sueño de penumbra más que de sombra —nunca de tumba—, que pronto se haría despertar lento y progresivo. Se hace necesario subrayar prontamente una particularidad digna de celebrarse: Irlanda —oasis verde en un desierto amarillento y sediento, isla olvidada junto a un continente muy transitado, que nunca integró el imperio romano, que no fue romanizada por colonos ni por legiones enviadas por los Césares— fue ganada para la fe cristiana por monjes dirigidos por el abad Agustín (San Agustín de Canterbury), enviados por Gregorio Magno, quienes predicaron su Cristianismo con el latín de los Padres, extraído puro o con mezcla de viejos odres clásicos, no de una jerga militar o rural. Gracias a esta misión evangelizadora y cultural llegó a Irlanda, después a Inglaterra y al continente, esta fresca y pura vertiente de la latinidad, que con Horacio a flor de labios nutrió conventos y bibliotecas, catedrales y escuelas. Mientras Horacio dormía en el continente una siesta de siglos —soñando quizá con la leyenda de una tumba gemela excavada en una fortaleza de Venusa—, estos monjes rescataron al poeta, copiaron sus enseñanzas morales, reprodujeron sus difíciles textos y comentarios. Entre San Columbano (543–615), Sedulio Escoto (fl. 848–858), Heirico (841–976), Notker (¿840?–912) —irlandeses o discípulos de maestros irlandeses— se reparten los laureles de esta labor de copiar, enseñar, predicar y sembrar con ambas manos evangelio y cultura clásica. ¡Honor a Irlanda, segunda cuna de Horacio!

Este Horacio redivivo será por entonces todavía el poeta de las sátiras y de las epístolas, el *ethicus*, como lo denominó Juan de Salisbury (¿1115?-1180), "che lo conosceva assai bene", dice Arturo Graf¹³. El Horacio *lyricus*, el del *monumentum aere perennius*, del *non omnis moriar*, se reanima más lento y un poco más tarde: pero volverá a escalar el Capitolio de las manos de un Petrarca, de un Fray Luis, del Renacimiento clásico, de europeos y americanos, modernos y contemporáneos.

La exclusión u omisión no será siempre por ignorancia o ceguera; a veces será por preferencia. Notker distingue claramente los dos Horacios, pero canta loas a uno solo:

*Ut cecinit sensu verax Horatius isto,
cetera vitandus lubricus atque vagus,
palida mors aequo pulsans pede sive tabernas
aut regum turreas "vivite" ait "venio".*

(Fragm. de *Vita S. Galli*)¹⁴.

Ha dado la razón de su dicotomía y de sus reservas y ha reunido dos temas líricos fundamentales: la muerte igualadora y el *carpe diem*.

Un siglo después, al acercarse el milenio, Gerberto, que ascenderá al Capitolio como pontífice con el nombre de Silvestre II (año 999), en su escuela episcopal de Reims incorporará a Horacio en la lista del *trium* y del *quadrium*, así conformada entonces: los épicos Virgilio, Estacio y Lucano, el cómico Terencio y los satíricos Juvenal, Persio y Horacio. Con Ovidio y Salustio se integra una lista de excelencias, la de los nueve autores "aureos" de la *Ars lectoria* de Aimerico en el siglo XI. Metello de Tegernesse, en la segunda mitad del siglo XI, imita las odas y epodos de Horacio en su *Quirinalia*, o vida de San Quirino.

¡Horacio ha vuelto a la escuela! ¡Y se ha reencontrado con Virgilio, su *animae dimidium*! Pero es todavía medio Horacio, sin su lírica. Dos siglos después,

¹³ *Op. cit.*, p. 593. Este buen conocimiento no le impide ignorar al otro Horacio en pleno s. XII, o creer que Suetonio y Tranquilo son dos personas distintas, como se lee en la misma obra en p. 507. Claro que había otros errores más graves, citados a continuación: diferenciar a Tulio de Cicerón, a Virgilio de Marón. El excursus I (también el IV y el XIX) de E.R. CURTIUS, *Literatura Europea y Edad Media Latina* (México, F.C.E., 1975) sobre "falsas interpretaciones de la Antigüedad en la Edad Media" es un florilegio de ingenio, fantasía e ingenuidad en comparación con éstos y otros ejemplos de ignorancia.

¹⁴ MGH, *Poetae Latini aevi Carol.*, IV 110B.

en 1280, todavía hay discriminación: Hugo de Trimberg ofrece un *Registrum multorum auctorum* en verso –¡con ochenta poetas y ningún prosista!– que dice así:

*Sequitur Horatius prudens et discretus
vitiatorum aemulus, firmus et mansuetus,
qui tres libros etiam fecit principales,
duosque dictaverat minus usuales,
Epodon videlicet et librum odarum,
quos nostris temporibus credo valere parum.
Hinc Poetrie veteris titulum ponamus,
Sermonescum Epistolis dehinc adiciamus.*

El gran Venusino ha sido salvado, ha sido transplantado a toda Europa. Vuelve a florecer primavera tras primavera en las escuelas de los conventos y de las catedrales. En el siglo X Raberio, obispo de Verona, mediante una cita vuelve a dar vida a un verso de Horacio: *perlepide Flaccus cantitat noster*. En 1061 Benzone, obispo de Alba, en un panegírico a Enrique III nombra a noster *Horatius*, entre seis poetas eminentes encabezados –claro está– por Virgilio. Horacio vuelve a transitar, como Virgilio y con él, por el mismo camino que los llevó a aquella renovada escuela del liberto Epirotas. Un monje anónimo, en la primera mitad del siglo X, compuso un poema de mil doscientos hexámetros, *Ecbasis Captiui*, una fábula convertida en epopeya, un centón como el *Carmen Nuptiale* que Ausonio compuso con versos de Virgilio; ¿para reanudar la centenaria amistad un poco truncada en estos desencontrados siglos del Medioevo? ¿Un carmen con versos virgilianos uno, una epopeya con versos horacianos el otro! En este anónimo centón están ya integrados los dos Horacios –con *Odas* y *Epodos* incluidos, aunque todavía "valen poco"– para componer la quinta parte del anónimo poema horaciano. La mitad del resto es producto del ingenio y la habilidad del monje, y la otra mitad, de sus lecturas de Prudencio, Ovidio, Virgilio y otros.

Por estos siglos (X–XIII) siguen redactándose, a modo de programas de estudio, listas varias de autores latinos leídos en las escuelas, que por lo general incluyen a Horacio, aunque restringido, y suelen mezclar sin orden paganos y cristianos, clásicos y tardíos¹⁵.

¹⁵ La lista de Walter de Espira, hacia el año 975, traerá a Horacio en el cuarto lugar. La de Conrado de Hirsau, del siglo XII, más rigorista, lo trae en el décimo quinto lugar (pero sólo su *Ars Poetica*). A fines del siglo XII un informe más liberal atribuido a Alejandro Neckham recomienda la lectura de Horacio completo. La lista de Eberardo el Alemán (1212–80) en su *Laborintus* pone a Horacio (sólo sus *Sátiras*) en

A comienzos del siglo XII un francés, Reginaldo, devuelve a Inglaterra el amor y el magisterio de Horacio, recibido de allí siglos antes y vuelto ahora totalmente integrado, estudiado e imitado. Este maestro francés, establecido en las islas, en veinte estrofas sáficas correctas con fines didácticos y sin pretensiones poéticas enseña a un discípulo, R. Osberno, el arte horaciano sin el cual –dirá– no se logra ni arte, ni magisterio, ni gloria; y del discípulo sólo espera como premio o retribución una oda similar en el mismo metro sáfico horaciano:

*Ut scias qualis mea mens sit ad te,
praemium nullum nisi te requiro,
per breves istos apices amoris
quos tibi scripsi*¹⁶.

4. REENCUENTRO CON HORACIO LÍRICO: TRADUCTORES ARGENTINOS

Tras la lenta rehabilitación de Horacio en la primera mitad del **segundo** milenario, se produce en su segunda mitad, en toda Europa, un curioso florecimiento de admiradores, imitadores y traductores de la lírica horaciana. Nos limitaremos a algunos de lengua castellana, que nos toquen más de cerca; ya que "si los italianos fueron los primeros que apreciaron a Horacio, fueron los españoles quienes primero cultivaron de manera intensa en su poesía la manera horaciana"¹⁷. Enjuicia severamente a esta obra la filóloga argentina Ma. Rosa Lida, por no indicar debidamente "la excepcional calidad de los traductores españoles de Horacio: el Brocense, los Argensola, Espinel, Mateo Alemán, Herrera, Medrano, Villegas, Esquilache, los poetas de las Flores de Espinosa y tantos otros" (*La tradición clásica en España*. Barcelona, Ariel, 1975, p. 379).

Ocupan varios volúmenes de M. Menéndez y Pelayo los españoles horacianos que bebieron de sus versos o los trasvasaron a odres nuevos. Su *Horacio en España*, con vigencia más que secular, es un monumento que honra al Venusino

décimo lugar. Cf. E.R. CURTIUS, *Op. cit.*, III 5, pp. 79 ss.

¹⁶ Transcribimos el texto de la edición de WRIGHT, en *Rerum Britannicarum medii aevi scriptores*, LIX, p. 265 ss.

¹⁷ GILBERT HIGHET, *La tradición clásica*. México, F.C.E., 1954, I, p. 386.

tanto como al Santanderino. De igual fama y valor recordatorio en su etimología, aunque de dimensiones –claro está– más reducidas, es su *Epístola a Horacio*, que empieza así: "Yo guardo con amor un libro viejo / de mal papel y tipos revesados, / vestido de rugoso pergamino". Se entabla así un intercambio epistolar de los traductores y quien los incluye en su historia, con el poeta latino que iniciara el diálogo con sus *Epistulae*. También el más reciente y completo de los traductores de Horacio en nuestro país, Alfredo Meyer, inicia un intercambio similar de epístolas: "Biforme vate con pujantes alas / te vi en mi mocedad, mi viejo Horacio, / del vulgo huyendo y de las ricas salas, / y haciendo de las nubes tu palacio". Igual diálogo entabla con el traducido el prologuista P. Castellani, en la citada segunda edición de estas *Odas Completas*: "Horacio expátrida, tú a quien Melpómene / dio el estro irónico y el vuelo lírico / y el don de la palabra justa, / hija del Vigor y la Gracia, / las dos deidades áticas – háblame".

El santafecino tiene en su comentada obra dos breves capítulos dedicados a las letras hispanoamericanas. Pero éstas, que ya vuelan alto y con alas propias, los ampliaron y compusieron su propio *Horacio en México*, de Gabriel Méndez Plancarte (México, UNAM, 1937), y su *Horacio en la Argentina* de Leopoldo Garcés Castiella (Bs. As., ed. Coepla, 1950), mucho más modesto que el anterior, el cual goza de siglos de ventaja cronológica y de abrumadoras diferencias numéricas en reminiscencias y en traductores, aunque, como nosotros, tienen un solo traductor de las *Odas Completas*, Joaquín Arcadio Pagaza (1839–1918), "el rey de nuestros traductores del Venusino" (J.A. Pagaza).

Como último hito de este largo itinerario, el reencuentro argentino con el Horacio lírico en libros editados –es mérito no pequeño– cuenta con seis traducciones parciales de *Odas* y de algunos *Epodos* (el obligado *Beatus ille*) y con una séptima versión poética de las *Odas Completas* y de once *Epodos*, publicada en una segunda edición por Epheta (Bs. As.) en noviembre de 1992, corregida en una veintena de odas y aumentada en cuatro epodos con respecto a la primera edición, de 1966.

1º: Juan Cruz Varela, en 1831, cuando en el destierro seleccionó con inquestionable rigor ("no sé si mis poesías hallarán un censor más rígido que yo", afirma en su prólogo) "lo que me ha parecido más digno de conservarse" ("apenas la octava parte de las que han salido de mi pluma"), conservó sus traducciones de un libro y cuarto de la *Eneida* y de cinco odas de Horacio. Son versiones dignas de un prohombre de la patria, pero coincidimos con quienes opinan que son más valiosas y más horacianas algunas composiciones originales, como *A las Musas* y

De mi muerte –de la que ofrecemos las estrofas 1ª, 4ª y 5ª– del año anterior a su selección y a sus traducciones:

"Ora benigno me dilate Jove
estos momentos que llamamos vida,
ora le plazca que el presente sea
mi último día.

.....

Sin que me aflija roëdora duda,
bajaré impávido a la eterna noche,
y las riveras pisaré tranquilo
del Aqueronte.

Iré a presencia de mi juez severo
sin ese miedo que al impío turba;
que por mi causa no corrió en la tierra
lágrima alguna".

J.C. Varela fue un épico virgiliano cuando San Martín y Belgrano eran héroes extraídos de la *Eneida* para nuestras guerras de la independencia, y fue lírico horaciano, cuando buscó en las letras clásicas la calma de su destierro en que halló la muerte, o cuando, en su juventud, cantó las hazañas del progreso en los actos y en los planes de la *pax augusta* del gobierno rivadaviano.

2º: siguen las traducciones de Larsen en 1860, única en prosa, que pasamos por alto.

3º: las del entrerriano Osvaldo Magnasco, de 1890, otro prohombre, parlamentario y ministro de educación del segundo gobierno de Roca.

4º: Son conocidas y reeditadas las *Horacianas* de Bartolomé Mitre, por lo general altamente elogiadas al igual que las del entrerriano, por el autor de *Horacio en la Argentina*, quien además de encomiarlas las pone a la par de las suyas propias. Una edición de veinticinco ejemplares circuló (si cabe este verbo para tan reducida cantidad) en 1894, con el título de *Horacianas. Ad litteram Verse* por V. Arcade de Roma. Manifiesta estar impresa en La Plata – Talleres de Publicaciones del Museo, y ser segunda edición de las *Horacianas en pruebas*. Corregida y aumentada. Son texto y versión de quince odas y un epodo. Todo indica –en especial las casi totales

coincidencias en la traducción— que es ensayo anterior del mismo Mitre, aunque subsiste el misterio del *ad Litteram Verse* (¿contracción de *versae*?).

5º: *Quintus Horatius Flaccus*, de Luis Ma. Iglesias. Bs. As., El Ateneo, 1947. Exhibe, tras el título, la modestia de un subtítulo, "Ensayo de Traducción". Suma quince odas y el *Beatus ille*, traducido con preocupación mayor por la fidelidad que por la belleza. Sus escasas notas contrastan notoriamente en cantidad con las de la traducción anterior. Compensa esta escasez un apéndice sobre la génesis de la versión de Fray Luis de la oda horaciana *O nauis* (1.14)¹⁸.

El 6º traductor —parcial como los anteriores— es el ya citado Prof. Leopoldo Garcés Castiella. Bs. As., Coepla, 1950.

El 7º, Pbro. Alfredo Meyer, que entrega, armonizando fidelidad y belleza, su versión poética de 1992, de las *Odas Completas* y once Epodos, en su segunda edición aumentada y corregida.

Sólo el primero con su libro I de la *Eneida* y sus cinco odas, y este último con su *Eneida* y sus *Odas Completas*, han afirmado el equilibrio justo de mantener unidos a ambos poetas bimilenarios, así en la tierra como en la gloria, así en aquel primer encuentro en Roma como en este otro reencuentro tan lejano y reciente¹⁹.

¹⁸ Tres traductores laureados le habían enviado sus traducciones al maestro León para que en una nota dictaminara y eligiera la mejor. Este, "más prudente que Paris en el juicio de la hermosura de Juno, Palas y Venus", las comenta sin decidirse, enviándoles la propia con estas palabras: "Al fin, Señores, el caso es, que yo quiero ser Marinero con tan buenos Patronos, y no Juez: porque me da el ánimo, que estoy muy obligado al servicio de cada uno: y así yo también envío mi Nave, y tan mal parada, como cosa hecha en esta noche".

¹⁹ Sobre las dos magnas traducciones de A. MEYER el lector hallará información en "NOTAS", "CRO-NICAS" Y "RESEÑAS" de este número de *Stylos*. En próximos números aparecerán más trabajos sobre temática horaciana y estudios más exhaustivos sobre nuestros siete traductores.

SUMMARIUM

Signauimus huic titulo quattuor partes uel cursoria anno Venusini poetae bimilenario: 1. Cum Horatius breuem per uitam mortalem ad Vergilium, Maecenatem, Octauium gloriamque accessit, uel longam per uitam inmortalem ad insequentium admirationem summam aduenit. 2. Per secessum, Horatius adumbratus, Vergilio uate magoque perlucente, a saeculo VII usque ad IX a bibliothecis scholisque discessit. 3. Resurrexit paulatim Satyrarum et Epistolarum poeta ethicus nominatus, renascentibus classicis litteris, quinque per saecula. 4. Totidem per saecula bimiliarii postrema reuixit Horatius lyricus omnibus in Europae et Americae regionibus. In Republica Argentina *STYLOS* in hoc et futuris numeris, Carminibus et Epodis quibusdam ad Hispanicam linguam septies uersis, semel tamen absolute, maximo uati lyrico honorem in memoriam tribuit.